

## A las madres de familia

---

*La avidez con que se recogia el primer Catecismo de las madres, del que se agotaron numerosas ediciones, copiándose sus números en algunos periódicos, y repartiéndose en hojas sueltas sus doctrinas, demuestra la necesidad de luz, aliento y consejo que tienen las madres de familia.*

*Por eso hemos querido publicar ahora otro Catecismo práctico para las mismas, suplicándoles lean estas páginas en que hemos condensado las lecciones de una larga experiencia. El Prelado diocesano ha querido benignamente conceder cuarenta días de indulgen-*

*cia por escuchar aún parte de su lectura. Ella os aprovechará con el favor divino, y con la bendición de la gran Madre de Dios que para vosotras de corazón imploramos.*

*Día de los Desposorios de la Virgen y Señor San José, 1901.*

G. Chávez, Pbro.



## NOVISIMO CATECISMO PRACTICO

DE LAS

# MADRES DE FAMILIA

---

—¿Escrito ya un catecismo de las madres, á qué escribir otro?

—Porque el asunto, siendo de gravísima importancia, exige nuevas instrucciones y mayores ampliaciones.

—Según eso, ¿es muy interesante la formación de las madres de familia?

—Sin encarecimiento, interesa tanto la formación de las madres, que de ellas depende, no sólo la paz de las familias, sino en mucha parte el bienestar de la sociedad y hasta la salvación de las almas.

—¿Y por qué tal importancia?



—Porque la mujer es la mitad del género humano, y en Eva influyó grandemente en la ruina del hombre, y en María influyó dichosísimamente en su liberación; y ambas influyeron en calidad de madres; y como ellas, sus hijas tienen que influir poderosamente, ó en el sentido del mal con Eva, ó en el sentido del bien con María; y aunque influyan en todos los estados como hijas, como hermanas y como esposas, pero más especialmente como madres.

—¿Y sois vos solo de esta opinión?

—No es opinión sino doctrina muy sabida; y en nuestros días, el P. Ventura de Ráulica, en su hermosa obra de «La mujer católica;» el Sr. Doupanloup en sus escritos sobre la educación de la mujer; el Sr. Mermillot en sus Conferencias á las señoras católicas, con otros Obispos franceses y últimamente el P. Jesuíta belga Van-Fricht, en su gravísima Conferencia sobre las madres, han insistido en el particular, sin hablar de otros publicistas como Catalina, Veuillot, Livia Biancheti, etc., etc.

—Y supuesto esto, ¿qué puntos vais á tratar?

—Vamos á tratar: primero, de la misión de las madres; segundo: de sus deberes y obligaciones; tercero: de sus escollos y peligros; y cuarto: de sus medios y recompensas. ¡Que la Madre de las madres, no menos que Virgen de las vírgenes, nos alumbre y nos bendiga!

## I

*Honorífica y gloriosa misión de las madres de familia.—El nombre de matrimonio.—La mujer mediadora.—Los hijos á Dios.—Lágrimas.—Misión moral y religiosa.—La sangre de Cristo.—Alrededor de la mesa.—La niña en la casa.*

—¿A qué llamáis misión?

—Misión, es el acto y resultado de enviar. Todos somos enviados por Dios á este mundo con el noble fin de servirle para después gozarle; pero cada es-



tado tiene su misión especial subordinada á la primera; una es la misión del letrado, otra la del guerrero; una la del fiel, otra la del sacerdote; una la de los hijos, otra la de los padres de familia.

—Pues si decís padres, ¿por qué habláis sólo de las madres?

—Demasiado se escribe para entre ambos; pero aquí hablamos de las madres en particular, porque su cargo es también especial; y por eso el estado conyugal se llama matrimonio, que quiere decir, cargo de la madre, como nota Santo Tomás.

—Pues, qué, ¿ocupa la mujer el primer lugar en el matrimonio?

—No; el padre, es en él, el principio, el hijo es término, la madre es el medio; y como medio participa de la autoridad del padre y de la sujeción del hijo. Y así la familia, una en tres términos, viene á ser como un trasunto de la augustísima Trinidad en la tierra.

—¡Nunca lo había comprendido de esa suerte!

—Pues por aquí se empezará á comprender la grandeza de la misión de una madre: es el vínculo de unión entre el padre y el hijo, el conducto por donde el uno se comunica con el otro: el padre es la inteligencia que alumbrá, la madre el sentimiento que vivifica; y la luz del padre no puede llegar al hijo, al menos durante la infancia, sino envuelta, por decirlo así, en el calor del sentimiento de la madre.

—¡Luz y calor como en el sol! solo que el sol es uno.

—Precisamente y conforme á la santa Escritura, el padre y la madre también son uno, y lo son en relación para con el hijo, en lo cual es de notar la íntima conexión que hay entre el dogma y la moral, por cuya razón sin la fe, la moral es quimérica.

—Conforme, pues, á estas enseñanzas, señalad la misión de las madres.

—La misión de las madres es dar hijos á Dios, consagrarlos á Dios, educarlos para Dios, preservarlos de los peligros de perder á Dios, y sacarlos



del mal, si caen en él, á fuerza de lágrimas, oraciones, y sacrificios.

— ¡Triste papel asignais á las pobres madres!

— Si es triste á los ojos del mundo, hay grande alegría interior en cumplir sus obligaciones. No hay que olvidar lo que dijo Cristo á los suyos: «El mundo se alegrará, más vosotros os entristeceréis,» si bien añade luego: «mas vuestra tristeza se convertirá en gozo.» (Joan. XVI, 20.)

— ¿Luego la misión de las madres es toda de sacrificio?

— Lo habéis acertado; en éstas palabras: «abnegación y sacrificio,» está comprendida su misión y su obra. En la octava estación del Via-crucis, Jesús habló á las madres de familia de todos los tiempos y todos los lugares, y les dijo estas palabras que jamás deberían olvidar, y que habían de estar repercutiendo continuamente como un eco en su corazón: «Llorad sobre vosotros y sobre vuestros hijos.» (Luc. XXIII, 23.) He allí trazada por el mis-

mo Salvador, y en dos palabras, la misión de las madres.

— Pero qué ¿contáis por nada la educación civil, el establecimiento en el mundo, la carrera literaria y otras cosas que las madres deben promover para con los hijos?

— No lo contamos por nada, pero si por muy poco, en comparación de las otras obligaciones, y como incluido todo en ellas, pues quien cuida lo espiritual, no olvida lo material; pero siempre primero es lo uno que lo otro, y como dice Jesucristo: primero debe buscarse el reino de Dios y las virtudes, y lo demás como por apéndice y de un modo secundario. (Math. VI, 33.)

— ¿No es pues, puramente religiosa la misión de las madres?

— No puramente; pero sí principalmente es religiosa, y es también moral y civil. Como religiosa, debe formar buenos cristianos; como moral hombres honrados, y como civil, útiles ciudadanos. La educación moderna sólo se preocupa de lo último; no comprende la moral, aunque mucho la



nombre; y declaradamente elimina la parte religiosa. Y así sólo forma monstruos de ingratitud en la familia, y anarquistas y suicidas en la sociedad: todo el que tiene ojos para ver lo está mirando.

— ¡Muy cierto es por desgracia!

— Por tanto, primero debe ser la religión, luego y con ella, la moral, y á ellas subordinada, la civilidad. Y este orden necesario, trascendente, nunca deben alterarlo las madres de familia: en la elección de escuelas y colegios, en la de amistades y compañías, en la de padrinos y madrinas, en la de esposos y esposas para sus hijos. A menudo pervierten este orden, y de aquí males inmensos.

— ¿Y de dónde deriváis el dolor de consagrar á Dios los hijos?

— Se deriva de la justicia que manda dar á cada cual lo suyo. En el orden natural, toda paternidad viene de Dios, como advierte San Pablo. (Ephes. III, 15.) En el paraíso, Dios confirió á nuestros primeros padres el don de la fecundidad, y por eso los frutos que de

Dios vienen á él deben volver. En el orden de la redención, Jesucristo elevó el matrimonio á la dignidad de sacramento, lo empapó en su sangre preciosa, y por eso los hijos que de allí proceden son como hijos de su sangre; y de aquí nueva y muy sagrada obligación de formar hijos cristianos, de imbuírlos en la fe, de no dejar prevalecer la idea de dilatarles el bautismo por muchos días, de iniciarles en las prácticas religiosas y de evitarles las enseñanzas ateas de nuestra época.

— ¡Difícultosa es en verdad la misión de las madres!

— Difícultosa á la naturaleza, es muy asequible á la gracia; y no hay que olvidar que el sacramento del matrimonio confiere gracia especial para el cumplimiento de todas las obligaciones que impone. Y si la misión de las madres es difícil, también es una misión altísima, honorífica, nobilísima, y en cierto modo apostólica, pues de apóstoles es salvar las almas, preservarlas del mal y encaminarlas al cielo. Las buenas madres son cooperadoras con



el sacerdocio cristiano para la salvación de las almas. Persuádanse las madres de la grandeza de su misión y convénzanse desde luego de que con los bailes y los teatros, las concurrencias y paseos, no es posible realizarla ni aun penetrarse bien de ella. No dice Cristo: *reid*, sino *llorad*, y de los que ríen, antes dijo: «*Ay de vosotros los que reís ahora!*» (Luc. VI, 25.)

—Y en la recepción del matrimonio, ¿no hay alguna alusión á la misión de las madres?

—Sí la hay, poética y hermosa: en un salmo que reza el sacerdote al conducir á los esposos al altar, llama dichoso al varón, y entre otras cosas le dice: «Sea tu esposa como una vid abundante á los lados de tu casa. Tus hijos como renuevos de olivos alrededor de tu mesa.» En cuyas palabras, no sólo pide al Señor la fecundidad material del estado, sino el que la esposa esté como plantada en los interiores de la casa, según dice el texto primitivo, como allí enclavada y enraizada; y que los hijos coronen, no

tanto la mesa del hogar doméstico, cuanto la mesa eucarística, lo cual indica cómo desde pequeños han de estar educados en la piedad y acostumbrados á la recepción de los sacramentos. Tal es, pues, repetimos, la misión de la madre de familia: educar á sus hijos para el cielo, devolver al Señor esas almas que su sangre le costaron, y que con su sangre sembró en el sacramento del matrimonio.

## II

*Obligaciones.*—*La lactancia.*—*Recomendación de la Iglesia.*—*El respeto.*—*El pudor.*—*Ayuda ajena.*—*San Agustín.*  
—*Las pasiones.*—*La vara y el azote.*  
—*El pecado original.*—*San Pablo.*—*Desde la infancia.*

—Explicada la misión de las madres, comenzad á detallar sus obligaciones.

—Unas son en el orden civil, otras en el orden moral y otras en el orden religioso. De las primeras no tratare-



mos aquí. De las otras, juntamente hablaremos, pues que tienen tan íntima conexión. Y estos deberes morales-religiosos pueden considerarse con respecto á la infancia, á la juventud y á la ulterior edad de los hijos.

—¿Cuáles son, pues, los deberes de la madre con relación á la infancia?

—Debe la madre, siempre que le sea posible alimentar por sí misma á sus hijos, lo que la naturaleza misma indica proveyéndolas del necesario sustento. Los filósofos del siglo antepasado declamaron acerca de esto grandemente, queriendo hacer pasar por un crimen enorme la costumbre de las madres de hacer criar por nodrizas á sus hijos. Es una exageración de sentimentalismo, pues aunque pecaría la madre, que pudiéndolo muy bien, no lactase á su hijo por poder entregarse á la disipación; pero cuando lo omitiese por razones de salud, escasez ó mala calidad del alimento, los teólogos con San Ligorio la excusan de todo pecado. Demasiado quieren hacerlo, aun sin poder, y no hay necesidad de

insistir en este deber físico y moral.

—¿Qué otro deber les incumbe á las madres en esta época?

—La Iglesia aconseja que se les recomiende el no dormir con los niños tiernos en su propio lecho, por no ser tan remoto en quien tiene el sueño inquieto, y en quien duerme aún tranquilamente, durante una pesadilla, el oprimirlos y asfixiarlos.

—¡Sólo en las madres muy vulgares podrá haber ese peligro!

—Aun en las no vulgares; nerviosas y desasosegadas durante el sueño, puede también haberlo, y por eso la recomendación de la Iglesia es general.

—¿Qué más debe recomendarseles?

—El tratar con respeto á los niños. Se lee en la Historia eclesiástica, que el padre de Orígenes, descubriéndole el pecho al tierno infante besábale en su cuna, considerándolo como templo de la beatísima Trinidad. Y es la verdad; por el bautismo, Dios toma posesión de aquella alma y mora dentro de ella; y por eso, antes de conferirlo dice el sacerdote, que prepara al niño



«para que pueda ser templo de Dios.»

—Mas, ¿una madre no puede familiarizarse con su hijo?

—Puede y debe tratarlo con confianza; pero hay una familiaridad tosca y grosera que raya en impudor. Es bueno no olvidar que el niño es una alma racional, regenerada ya por la sangre de Jesucristo, y que, por tanto, el cuerpo que la encierra, no debe tratarse, mirarse y atenderse como el cuerpo de un bruto. Una madre cristiana comprenderá muy bien lo que en esto queremos decir.

—¡Pero habláis de pudor, con niños en edad de la lactancia!

—No hablo de pudor con los niños, sino con las madres para con los niños, y aun en éstos desde muy temprano es preciso inspirarles el pudor; y por eso recomienda mucho la Iglesia á las madres, que no hagan dormir juntos en el mismo lecho á los niños, en especial de distinto sexo: muy pequeños podrán hacerse algún mal físico; un poco más grandes, podrán causarse un daño moral. Hay muchas madres ciegas á este

respecto; creen que entre los hermanos no puede haber peligros, y tardíamente se desengañan de que existen.

—Y ¿puede una madre, hacerse ayudar de sus hijos mayores, ó de otras personas extrañas en el cuidado de los niños?

—Puede, con tal que lo haga con prudencia; pero cuide de no desentenderse del todo, y no olvide que la misión de la madre es suya, y suyas las obligaciones que entraña, no de sus hijos ni de otras personas; y así, al fiarse de ajenas manos no declina ante Dios su responsabilidad. Personalmente haga siempre lo que pueda, á menos que las enfermedades ú otros motivos suficientes la excusen.

—¿Qué más podéis advertir?

—Que la unión que en el lecho debe evitarse, igualmente debe precaverse en el baño. Madres cristianas, y aun bien educadas, faltan en esto inconsideradamente fiadas en la tierna edad é inocencia de los niños; pero precisamente para preservar esa inocencia debe tratárseles desde esa tierna edad con



exquisito pudor. Es de notar que algunos niños forcejan por no dejarse descubrir ni aun de sus madres. ¡Son las primeras alarmas del pudor que comienza á despertar! Repitamos, pues, á las madres: ¡Respeto á los niños desde pequeños! ¡Respeto á esos templos de Dios, respeto á esos cuerpos bañados con las aguas del bautismo, á esas almas bañadas con la sangre de Cristo!

—Hablado habéis de lo moral; ¿qué decís de lo religioso?

—Digo que San Agustín, profundo conocedor de la naturaleza humana, observa que, como á los cuarenta días, comienza el niño á sonreír; y como la sonrisa es un destello del ser racional (pues ningun animal sonríe), al mismo tiempo comienzan á echarse de ver las humanas pasiones; la ira, la soberbia y la envidia ya asoman la cabeza: el niño grita y se exaspera cuando no le ponen en la mano lo que apetece: es ¡la ira! el niño se retuerce y pónese denegrido cuando no le acuden pronto en sus reclamos: ¡es la soberbia! el niño se pone lívido, se arquea con

violencia y llora exasperado cuando otro se acerca al seno de su madre tomándole ésta en sus brazos: es ¡la envidia!... Pues, si desde entonces asoman las pasiones, desde entonces debe comenzarse á combatir las, lo que no puede hacerse en esa edad con palabras, reduciéndose todo el combate á una contradicción declarada é incesante.

—Pero, ¿qué entienden los niños en los primeros años?

—Muy poco ó nada entienden; pero sí sienten, y por eso no se les alegan razones, pero se les hace violencia en sus malas inclinaciones. Vimos á un niño de dos años ó menos, que rodaba por el suelo poniéndose denegrido; la madre era epiléptica y atendía al niño, mimándolo y pensando fuesen aquellos arrebatos, síntomas del mismo mal. Pero observando mejor, conoció que era la ira y no la epilepsia, lo que ponía furioso al infante, y aplicóle por remedio unos ligeros azotes, que dos ó tres veces repetidos acabaron con la rotación, y con los gritos



y el denegrecimiento del semblante.

¡Cuántas veces y cuántas madres se engañarán del mismo modo! El pensar pues, que hasta los siete años debe comenzar la educación de los niños, es un desatino, pero desatino de inmensa trascendencia; porque el comenzar tan tarde, es tarde comenzar; las pasiones se han robustecido, y se presentan ya casi indomables. Creed pues, madres, al gran doctor de la Iglesia: comenzad á educar á vuestros hijos desde que comienzan á aparecer en ellos las pasiones.

—Pero, ¿cómo puede haber pasiones en un niño inocente?

—Este es puntualmente el error de nuestros días; creer que el hombre nace bueno, íntegro y derecho; pero el cristiano sabe que es un dogma de fe la trasmisión del pecado original, y que aunque el bautismo lo borra, no impide todas sus consecuencias, pues el hombre sigue inclinado al mal, retraído del bien y abrigando la concupiscencia que es el nido de todas las pasiones, entenebrecido el entendi-

miento y enflaquecida la voluntad. Como una balanza infiel que ha perdido el equilibrio y tiene un platillo más bajo, así el hombre por el pecado original, tiene el entendimiento más bajo hacia el error, y más baja la voluntad hacia el mal. Y de aquí se infiere que hay que hacer violencia al niño para establecer el equilibrio, por lo que hay que hacer uso del castigo; y que los que hoy tratan de educar á los jóvenes sin el castigo material, son impíos que no creen en el pecado de origen, y engañados ó perversos que preparan á la familia, monstruos que la amarguen, á la sociedad, anarquistas que la desplomen, á la Iglesia enemigos que la persigan, y al infierno moradores que lo atesten. Y de nuevo nos permitimos observar, cómo del dogma depende la moral; pues por la ausencia de éste, ni hay educación posible, ni posible moralidad.

—¿De suerte que vos estáis por la vara y el azote?

—No estoy por la vara material cortada del membrillo, ni por el azote



material formado de correas entretejidas; pero si estoy por la vara en el sentido de castigo físico y material, y por el azote en el sentido de corrección sensible. Y no soy yo solo en sentir de esta manera, pues piensa conmigo la más alta inteligencia, y puedo justificar mi parecer con la más alta autoridad del cielo y de la tierra.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Quiero decir, que el mismo Espíritu Santo, en la sagrada Escritura, en el libro de los Proverbios, dice de esta suerte: «El que perdona á la vara, aborrece á su hijo, y el que lo ama con muchas veras, lo corrige.» (Prov. XI, 24.) En estas palabras es muy de notar que el decir perdonar la vara, es como mostrar á un padre compasivo, que perdona al hijo en vez de castigarlo, ó por lo menos perdona la vara, es decir, el castigo doloroso, como lo hacen muchas madres compasivas, que siempre perdonan la vara porque nunca ejercen el castigo. Y del que así procede, dice el Espíritu Santo, no que ama al hijo demasiado, ó que le

ame con desorden, ó quedeje de amarlo, sino lo que es más que todo esto, que *lo aborrece*: “El que perdona la vara aborrece á su hijo.” Es decir, que al no castigarlo le muestra una especie de odio haciéndole un mal; y por el contrario, cuando le ama lo corrige muy de veras. Las madres pues, que por cariño y compasión no emplean con sus hijos un castigo sensible, en vez de amarlos realmente los aborrecen.

—¡Pero eso era en la ley vieja de temor!

—Y se repite muchas veces: en el capítulo veintitres, como burlando la delicadeza de las madres, se dice: “No escasees al niño la corrección, pues si le azotares con la vara, no se ha de morir por ello.” Y luego lo confirma por el sentido contrario, añadiendo: “Tú le sacudirás con la vara y librarás su alma del infierno” (Prov. XXIII, 13, 14), es decir, que la falta del castigo le llevará al abismo. Y por fin en el capítulo veintinueve, anuncia á las madres el resultado de su negli-



gencia en castigar: "La vara y la corrección dan sabiduría; mas el niño que es dejado á su voluntad, avergüenza á su madre" (Prov. XXIX 15), esto es, la avergonzará el hijo ante las gentes con sus vicios y maldades, y la avergonzará ante Dios en el juicio por su negligencia. Y los consejos morales son los mismos en la ley nueva que en la vieja, y estas son verdades tan ciertas hoy como cuando el sabio Salomón las escribía.

—¿No parece que en la Ley nueva se manda á los padres no hacer enojar á sus hijos?

—Es cierto que el Apóstol San Pablo, escribiendo á los cristianos de Éfeso, se expresa de este modo: «Hijos, obedeced á vuestros padres en el Señor, porque esto es justo. Honra á tu padre y á tu madre, que es el primer mandamiento con promesa, para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros, padres, no provoquéis á ira á vuestros hijos, sino educadlos en disciplina y corrección del Señor.» (Eph. VI, 1. 4.), Explica

San Juan Crisóstomo que la corrección de los hijos se ha de hacer con prudencia y caridad, y no castigándolos con rigor excesivo, el que da por resultado empeorarlos en vez de corregirlos; y eso dice el Apóstol, pero añade, que se crien en disciplina y corrección cristiana, lo que concuerda con las recomendaciones del Libro de los Proverbios. Y así, la ley nueva va muy conforme con la antigua en el particular.

—¿Y qué más deben hacer las madres para con sus hijos pequeños?

—Imbuirlos desde temprano en las prácticas religiosas, persignarlos por su mano al dormir y al despertar, enseñarles á pronunciar los nombres de Jesús y de María, á fijarse en sus imágenes besándoles los pies antes de entregarse al sueño, á mirar á María y hablarle como á madre, á portarse con respeto en el templo y á acostumbrarse á estar de rodillas.

—¿Pero qué, un niño de dos ó tres años podrá aprender todo eso?

—No hablamos precisamente de esa



edad, pero es cierto quedese de los primeros años y poco á poco, deben iniciarse esas prácticas, Conocimos una niña de tres años que no quería ir á dormir sin que la levantasen en brazos á besar las plantas de una imagen de María Inmaculada, por haberla acostumbrado á ello una madre cristiana. Otro niño de cinco años, excitaba á las personas de su familia á rezar el rosario, rehusando acostarse si no lo ha rezado. Pero las madres mundanas nada de esto miran, porque son negligentes en sembrar á tiempo la buena semilla. Los padres cristianos enseñan á sus hijos á no recogerse por la noche ni emprender ningún viaje sin pedir y recibir su bendición. Hoy los respetos humanos han hecho olvidar esta piadosa costumbre que las madres cristianas deben hacer por conservar.

### III

*Cuidado de los hijos en la juventud.—  
Las escuelas y colegios.—Las amistades.—El teatro.—El baile.—Las novelas.—Santa Teresa y su madre.*

—¿Pasada la niñez, acaban los deberes maternos?

—Nunca terminan; solo cambian y se hacen más difíciles y necesarios. Entre la infancia y la juventud hay la gravísima cuestión de las escuelas, que, en nuestro «Catecismo de las Escuelas láicas y católicas,» puede verse tratada con mayor extensión; aquí sólo queremos recordar que la Iglesia reprueba las escuelas y colegios llamados láicos; porque son ateos, y con sus enseñanzas están dando frutos de muerte: recomienda mucho las escuelas católicas; y cuando, á más no poder, por causa calificada por el ordenario, se tiene que mandar á los niños á esos planteles donde se omite toda



enseñanza religiosa, ordena severamente que se haga remoto el peligro de perversión por los medios debidos, siendo uno de ellos la asistencia á las instrucciones catequísticas establecidas en las iglesias parroquiales y en sus auxiliares.

—¿Y si por falta de recursos hay que acudir á las escuelas gratuitas?

—No hay que tomar los venenos aunque se administren gratuitamente. Ni es cierto que la enseñanza pública sea gratuita, pues la nación las paga con onerosos impuestos. Además, la Iglesia también ha abierto escuelas gratuitas á las que se puede acudir. Y aun á las que no lo son, pero si son católicas, se puede acudir muchas veces; pero desgraciadamente prefieren los padres envenenar á sus hijos de balde, á hacer algunos gastos para procurarles la instrucción religiosa.

—¿Y si el padre insiste en colocar los hijos en las malas escuelas, qué podrá hacer la madre?

—No sólo podrá, sino que deberá manifestar al marido sus obligaciones,

oponerse con prudencia, pero con eficacia, haciendo lo posible por disuadirlo; y en caso de no lograrlo, mostrar su disentimiento, evitando la cooperación, y supliendo en la casa la instrucción religiosa que falta en la escuela. Y adviértase, que á una cobarde debilidad suele llamarse prudencia, y que en lo general las madres no saben más que doblegarse, en casos en que la ley de Dios les obliga á resistir.

—¿Pero si la resistencia provoca iras y levanta tempestades, no será mejor ceder?

—Cuestión es de prudencia, pero de prudencia cristiana y no mundana. En esos casos debe acudirse á Dios con la oración, y tomar consejo de un confesor prudente y experimentado. No puede darse una decisión fija en el caso, porque debe atenderse á las circunstancias particulares. El recurso á la Virgen María bajo su advocación del Buen Consejo, produce siempre buenos resultados; y el Sr. León XIII, la ha recomendado, haciendo poner



en la imagen estas palabras de la Santa Escritura: «Hijo mío, condesciende á mis consejos.» (Gen. XXXII, 8.)

—¿Y no es cierto que no valen los cursos sino en los colegios del Estado?

—Hay en ello sus variaciones, pues los que gobiernan aprietan ó aflojan á su arbitrio; y en las épocas de mayor opresión, para colocar á un joven en esos establecimientos, está mandado que se consulte con el Obispo diocesano para que en cada caso decida lo que deba hacerse. El peligro de corrupción es inminente, pues á la falta de instrucción religiosa, se junta el estudio de textos positivistas y malvados. Conocemos varios jóvenes educados por madres cristianas, pervertidos después en los colegios. Y con las malas ideas vienen siempre las malas costumbres.

—¿Además de las escuelas qué otra cosa tenéis que advertir?

—Es muy interesante lo que pertenece á las amistades y compañías. Es de saber que no tiene el infierno me-

dio más eficaz para perder á las almas que los malos compañeros: los niños y los jóvenes no pueden vivir sin amigos, por lo que no se puede prescindir de que los tengan. Dé aquí es que hay que pasar por las amistades, pero ejerciendo sobre ellas una vigilancia suma. Las amistades provienen ordinariamente, ó de la escuela, ó de la vecindad, ó del parentesco.

—¿A qué llamáis amistades de la escuela?

—Las que se contraen durante la enseñanza con los niños que asisten á las escuelas. Es natural que en el frecuente trato que allí tienen, vayan formando relaciones con los compañeros que más les simpaticen. Ahora bien, la experiencia enseña que en esas conexiones escolares naufragan muchas veces el pudor y la inocencia, y de allí nuevamente la necesidad de escoger las escuelas en que haya maestros cristianos y vigilantes; y las madres deben vigilar también, preguntando discretamente á los niños lo que pasa en la escuela, y aún hacién-



doles algunas preguntas sugestivas que suelen dar muy buen resultado.

—¿A qué llamáis preguntas sugestivas?

—A decirles por ejemplo: “¿qué estabas haciendo aquella tarde, con aquel niño en la escuela?” ó bien: “¿por qué te reías tanto con aquella niña? ¿qué platicabas con ella?” Es increíble lo que se saca á veces con esas preguntas hechas con discreción y oportunidad, pues si el niño no responde directamente, descubre cosas análogas que es muy útil saber y que conviene remediar.

—¿Y no sabéis que mienten mucho los niños?

—Lo sabemos perfectamente; y así se necesita prudencia para no ser engañado, y más que todo, acostumbrar á los niños desde pequeños á no mentir, castigándoles siempre la mentira, y perdonándoles el castigo cuando digan la verdad aún en su contra. No olviden pues esto las madres: la perversión de los niños y niñas data casi siempre de las escuelas.

—¿De la vecindad, decís que se originan también las amistades?

—Es natural, y lo dice la experiencia: la vecindad provoca las saluciones, la vista frecuente, los mutuos servicios y las recíprocas visitas; y de aquí las relaciones más ó menos íntimas. Y si los vecinos no son de moralidad y religión, el peligro es inminente; y estas relaciones no pueden á veces romperse por la proximidad misma que las ocasiona. Y como las jóvenes se afeccionan tan fuertemente, no es raro que en ellas haya el mismo naufragio de que hablábamos, y aún mayor todavía. Infinidad de veces no sospechan las madres todo el mal que se esconde bajo de estas intimidades juveniles; crean en no pocas ocasiones los hay de mucha trascendencia.

—¿Y qué remedio podrá ponerse en esos casos?

—Hacer cortar las relaciones si es posible, ó por lo menos atenuarlas y siempre vigilarlas: evitar las largas visitas y especialmente las de todo el día, pero sobre todo el pernoctar en



casa ajena es dañoso, dañosísimo. Y de una vez para todas aconsejamos la frecuencia de sacramentos para los jóvenes: San Ligorio y otros santos experimentadísimos, aconsejan la confesión frecuente en los jóvenes como el mejor remedio de muchos males en esa edad. Hay cosas que los ojos de la madre, por más que haga, no pueden ver, y sin verlas no puede remediarlas; sólo la confesión las conoce y las remedia.

—¡Mas los jóvenes rehusan mucho el confesarse!

—Es mal indicio del estado de su conciencia, y depende en parte de la educación primitiva. Acostumbre la madre á los hijos á obedecerla sin replicar, y así podrá después lograr que acudan á los sacramentos á pesar de su repugnancia.

—Y de las amistades por parentesco, ¿qué decís?

—Digo lo primero, que son inevitables y á veces necesarias. ¿Cómo no visitar á los primos hermanos? ¿Cómo no frecuentar su trato é invitarles á

las reuniones domésticas? La cortesía lo prescribe, la familia lo exige y la religión no lo prohíbe. Pero de aquí no se infiere que en esas relaciones no haya mil peligros. Santa Teresa<sup>1</sup> de Jesús, cuenta en su vida, los daños que le hizo una prima suya, joven mundana que la visitaba á menudo, que la atrajo á las vanidades, le hablaba de amorios, le acarreaba á sus hermanos y al fin la hubiera perdido, si su padre, advirtiendo el peligro, no la hubiera colocado de educanda en un convento. Semejante remedio podría ponerse á veces en práctica, pues el parentesco no deja cortar las relaciones aun notando sus riesgos y sus daños. Ha menester la madre en estos casos la oración y los consejos de un confesor docto y experimentado. Las amistades y compañías son sin disputa el peligro más grande de las jóvenes en nuestra época.

—¿Y es sólo acaso ese peligro el que les amenaza?

—Los peligros son innumerables; vamos á hablar de uno muy terrible al



que sucumben muchas veces los jóvenes de ambos sexos en nuestros días.

—¿Del teatro queréis hablar por ventura?

—El teatro es una escuela de inmoralidad y aun de impiedad, por más que digan los mundanos; testigo el drama de "Electra" que ha hecho apedrear las casas religiosas, insultar á los fieles, y cometer sacrilegos atentados, hasta hacer que muchos Obispos levanten la voz para prohibirlo, mandando á sus diocesanos que no asistan á su representación ya que no pueden evitarlo. Una niña, muy advertida aunque de poca edad, llevada por su madre á una comedia, le preguntaba después con cierta malicia: «Dime, mamá, ¿pues que las señoras casadas también tienen novios?» Ignoramos cuál fuese la respuesta maternal, pero comprendemos cuán dañosas lecciones se reciben en el teatro llamado con justicia el templo de Satanás.

—¿Y del baile qué decís?

—Que es ejercicio peligrosísimo para la moral y aun para la salud, y que

harían bien las madres y las hijas en leer el célebre pasaje del Catecismo de Perseverancia del Sr. Gaume, en que habla de esa diversión y prudentemente la califica. La conciencia revela sus peligros y sus daños; solo que se hace por no oirla para no tener que obedecerla.

—¿Y de las concurrencias qué decís?

—Decimos que las hay buenas, indiferentes y malas: bueno es concurrir al templo y á las funciones religiosas; concurrir á algún paseo ó diversión honesta, es cosa indiferente; concurrir á reuniones estrepitosas, donde hay mezcla de los dos sexos, músicas profanas, libaciones forzosas, conversaciones mundanas, murmuraciones de moda, etc., cosa es peligrosísima y muy digna de evitarse. Sobre todo, las concurrencias fuera del lugar, que duran varios días, las salidas al campo, en grupos numerosos pernoctando allí, son causa de lamentables desórdenes, y hemos visto tristes casos de ello que no nos es posible relatar. Así es que



las madres necesitan prudencia para distinguir lo inocente de lo pecaminoso, y fortaleza para resistir á las caprichosas voluntades de los hijos, que insisten furiosamente en aquello que más les daña. Pero aún hay otro escollo más peligroso, en el que muchas jóvenes se estrellan.

—¿De qué otro escollo queréis hablar?

—Queremos hablar de las malas lecturas. Los libros perversos circulan hoy con profusión, se venden á bajos precios, se ofrecen en los trenes á los pasajeros, y cada correo inunda de hojas malsanas las ciudades y las villas, los pueblos cortos y aun las aldeas. Y aun sin hablar de los periódicos impíos que producen tanto estrago, y á los que por su baratura se da entrada en los hogares cristianos, las novelas modernas están pervirtiendo grandemente á las jóvenes, llevándoles el veneno á domicilio, y empozoñando las almas en secreto.

— Pero qué, ¿no hay muchas novelas buenas?

—Hay pocas con relación á las malas: los P.P. de la Compañía de Jesús y aun algunos Cardenales, han escrito novelas para aquellas personas que no gustan de otra clase de lecturas; pero como esas novelas no excitan las pasiones, ni halagan los malos instintos, no agradan á los jóvenes, que desdeñan su lectura; la gente piadosa es quien suele leerlas, con peligro de disgustarse del estilo serio de los libros de piedad. Más lo que agrada sobremanera son las novelas del día, positivistas, obscenas y malvadas, burlando la religión, ridiculizando á sus ministros; excitando las pasiones depravadas, disgustando de la vida real, é incitando no pocas veces al suicidio. Tales son, sin exageración, los caracteres y los resultados de las malditas novelas.

—¿Y la Iglesia, qué juzga acerca de ellas?

—La Iglesia las detesta y las prohíbe severamente; pero las jóvenes, con ser y llamarse cristianas, desprecian estas prohibiciones, y se entregan con una especie de furor á estas horribles